

apenas tendría un metro de diámetro, estaba lleno de zapos. Sin embargo, acerqué mis labios á esta agua malsana y asquerosa, y bebí. Pero no pudiendo vencer mi asco, vomité en el acto la infecta bebida.

¿Qué iba á ser de mí, solo, abandonado en aquel lugar desierto?

Debo decirlo, no pensé en rezar. Pero en cambio, otros allá en la patria rogaban por mí.

¿Sería yo presa de alguna fiera?

Me acordé del leon que habíamos visto en el camino, en las panteras que pululaban en los alrededores de Philippeville. No me sentía con fuerzas ni para defender mi vida.

Cuando la desesperacion se apoderó de mí, perdí el conocimiento.

Después de algun tiempo cuya duracion ignoro, recobré el sentido. Dos hombres de rostro bronceado estaban junto á mí. Uno de ellos me dió á beber un licor refrigerante.

No pudiendo explicarme, les dije:

—¡Philippeville! ¡Philippeville! Me comprendieron, y tomaron uno por los subraquios, el otro por los piés, y terminé mi viaje llevado de esta manera.

Tenia algun dinero en el bolsillo, se los ofrecí, pero no quisieron recibir nada. Aquellas bue-

nas gentes se sentían muy felices por haber salvado la vida á un "pequeño zuavo."

Con su ayuda pude llegar al cuartel. Me reuní á mi compañía y dormí con un sueño de plomo. En cuatro dias habíamos andado 145 kilómetros por un camino pésimo.

A otro dia, 11 de Setiembre nos dieron órden de marchar á Stora. En atencion á mi estado de cansancio, fui autorizado para caminar sobre la cureña de un cañon. Nos embarcamos en el *Jura*, el 14 llegamos á Taulon y el 15 á Montpellier, ciudad que acababa de ser designada para depósito del 3.º de zuavos durante la guerra.

Ahí se nos debía repartir en nuevas compañías, en atencion á que éramos muchos. Así es que, en virtud de la superabundancia de altas, nuestra compañía, la 7.ª del primer batallon se componía de 600 plazas. Había necesidad de poner término á ese desórden antes de enviarnos al combate.

Pero estaba escrito que yo no debía ir al teatro de la guerra. Desde mi salida de Marsella, mi madre había tomado sus providencias. Sabiendo que nadie puede darse de alta ántes de cumplir los 18 años, y provista de una copia certificada de mi fé de bautismo, calló como una bomba el dia 16 de Setiembre en casa del general Messiat,

que era comandante militar de Montpellier. Acababa yo de llegar.

El general me mandó llamar y me preguntó, cómo es que había yo sido aceptado. No tuve otra contestacion que confesar la trampa que había hecho. Me reprendió rudamente y rompió mi despacho como nulo en su parte principal.

De una manera fradulenta había sido zuavo durante un mes cabal.

Habiendo sido traído por mi madre á Marsella, volví al seno de mi familia. Sin embargo, envalentonado por la proclamacion de la República, y valido del estado de turbacion general, hacía en la casa mi real gana.

El prefecto de las Bocas-del-Ródano, nombrado por el gobierno era justamente Esquiros, por cuya eleccion había trabajado tanto.

Esquiros tenía un hijo de mi edad, William. Nos hicimos amigos, y en union de Clovis Hugues, que había vuelto á encontrar en Marsella, organizamos un cuerpo de adolescentes que se llamó la *Jóven Legion Urbana*.

Adoptamos un uniforme parecido al de los franco-tiradores. Esquiros nos distribuyó carabinas de dragones. Todo el día jugábamos á soldados.

El gobierno trataba á la sazón de hechar una leva general, en masa.

Se decía que iban á partir todas las guardias

nacionales. Marsella quedaría al cuidado de la Jóven Legion Urbana. Idos, los prusianos se cuidarán mucho de acercarse á las orillas del Duránee. Y petulantes y fogosos estábamos perfectamente convencidos de que sin nosotros las Bocas del Ródano no resistirian la invasion; por fortuna nosotros estábamos ahí.

¡Vaya si trabajábamos! Es preciso hacernos justicia; si es verdad que no hicimos grandes hazañas, también es cierto que nos dimos mucho á la pena. De sol á sol ejercitábamos las maniobras y evoluciones militares en el llano de San Miguel. Ibamos, veníamos y ejecutábamos mil movimientos. En mi calidad de "*antiguo zuavo*"—entendedlo bien!—yo mandaba el ejercicio. Sin embargo, estaban al frente de nuestro cuerpo, dos individuos que tomaban su papel por lo sério: Girand, jefe del batallon; y el capitán Henry.

¡Y el estado mayor! Lo que había que ver era el Estado Mayor. Por supuesto que yo formaba parte de él. El prefecto nos había cedido un local en la *Cannebière* misma, en el centro de la ciudad. Habíamos revestido los balcones de tantos escudos y banderas; que no podía penetrar la luz; á las dos de la tarde era preciso encender velas.

Cuando Garibaldi llegó de Caprera, desembarcando en Marsella, la Jóven Legion Urbana le

sirvió de escolta de honor, desde la *Joliette* hasta el palacio de la prefectura.

El entusiasmo de los marseleses por el general italiano rayaba en el delirio. Las sencillas mujeres del mercado querían arrojarse á sus brazos. No sabíamos ya que hacer para impedir que el coche las atropellara.

Me acuerdo de una de esas mujeres que había logrado atravesar nuestras filas, y que, levantando por lo alto un niño y mostrándolo á Garibaldi, gritaba:

—*Batiza lou! batiza lou!* Garibaldi preguntó lo que esta mujer quería.

—Desea que bauticeis á su hijo, le contestamos.

El general sonrió y tendiendo su mano hácia el niño, le dijo:

—Yo te bautizo, republicano.

Contestó una explosion de bravos; el tránsito de Garibaldi por las calles de Marsella fué un triunfo.

Por lo demás, las marselesas, diéron durante la guerra mil pruebas de su excelente corazón. Cuando llegaba tropa de Africa, rodeaban á los soldados, los llenaban de provisiones de tablillas de chocolate, naranjas y pasteles. Turcos y zuavos marchaban á la frontera más cargados de comestibles que de cartuchos. Cuando llegaba un comboy de heridos que venían del teatro

de la guerra, las marselesas no sabían que hacer para manifestar su afecto á los pobres soldados. Organizaban colectas. Portamonedas, adornos, alhajas, todo era para ellos. ¡Y cuántas atenciones! Se multiplicaban, pues, las buenas mujeres.

Esto no era para ellas un asunto de partido. Habían pedido su bendición á Garibaldi y en cambio hubieran besado los piés á Charrette.

Por lo demás, en las elecciones de 1871, Marsella estaba dispuesta á elegir para diputados lo mismo á los realistas Charrete y Cathelineau, que á los radicales Esquiros y Ledru-Rollin. Cualquiera que, á los ojos de las poblaciones de la Provenza representara la idea de la guerra á todo trance, sería aclamado y puesto por las nubes.

Se ha hecho demasiada burla á mis compatriotas con motivo de aquella terrible campaña de 1870 á 1871. No se nos ha escatimado el ridículo. No hay duda de que nos prestamos á él con nuestras legiones Urbanas, y nuestros Franco-Tiradores de la Muerte; sin duda que hemos tenido móviles, imposibles de realizar. Lo sé, y las primeras críticas han salido de los Marseleses.

Pero lo que también es preciso saber, es que los marseleses renuentes para ir á la guerra se hicieron muy notables, precisamente, porque al iniciarse las hostilidades fueron muy numerosos

los hombres de corazon que partieron al combate.

Que se tomen el trabajo de consultar los archivos del ejército, y se verá el formidable movimiento de altas voluntarias que se verificó en el Sur, al momento en que se recibió la noticia de nuestros primeros desastres. En los navíos que nos trasladaron á los depósitos de los regimientos, en los trenes que nos trasportaron, estábamos en gran mayoría. No esperamos el 4 de Setiembre para escribir nuestro nombre en el altar de la patria.

En cuanto á la exuberancia de sentimientos que nos es proverbial, era bastante, lo confieso, para entregarnos despues de la guerra, á los epigramas de la prensa; no importa, los meridionales, cumplieron con su deber, tanto como los demás.

Hecha esta salvedad, puedo tambien reirme un poco de la parte grotesca del patriotismo marseilles. Se me perdonará la ironía, tanto más, cuanto que soy yo uno de los primeros á quien se dirige. Examinando los acontecimientos á la distancia de diez y seis años ¿qué podría hallar de más cómico, que nuestra guardia cívica, cuyas proezas merecian ser celebradas en los grabados de Epinal? Los guardias cívicos, eran los pretorianos de la Prefectura. Se les puede juzgar por la siguiente anécdota, rigurosamente histórica.

El comandante de la guardia era un corredor de número, llamado Matheron, y el capitán un tintorero, de nombre Gavard.

Un dia, jugando su partido de dominó, el corredor dijo al tintorero:

—¿Sabes capitán que hay en los alrededores de Marsella un alcalde de pueblo, de quien me han asegurado que ejerció una presión formidable para que se votara "sí" en el plebiscito?

—Es muy posible comandante; todos esos alcaldes de pueblo eran partidarios del infame Imperio. ¿Quién es el funcionario municipal de que hablas?

—Es el alcalde de Septèmes.

—Muy bien, contestó el tintorero Gavard, yo me encargo de esto.

Al dia siguiente, á primera hora, el capitán de la Guardia Cívica partió para Septèmes, montado en su caballo que se llamaba Robespierre.

Septèmes es una aldea de 1,500 habitantes, situada á 12 kilómetros de Marsella, camino de Aix.

Al ver llegar á las nueve de la mañana un ginete de sombrero adornado con largas plumas de colores chillantes, que llevaba carabina y la cintura cargada de pistolas y revolvers de todos calibres, los vecinos se agruparon llenos de admiración.

Sin apearse del caballo cubierto de espuma, el capitán tintorero preguntó:

—¿En dónde está el alcalde? ¡Conducidme á la casa del ciudadano alcalde de esta aldea!

Los vecinos obedecieron.

Y hé aquí que el magistrado de pueblo comparció ante Gavard. El infortunado alcalde era un buen labriego, sencillo, ocupado en esos momentos en podar los arbustos de su jardín.

—¡Vamos á ver! dijo el capitán de la Cívica, sin más preámbulo: ciudadano alcalde, la opinión nacional te acusa de conspirar con los prusianos para impedir la guerra.

—Pero, Señor! . . .

—¡Nada de Señor! aquí no hay más que ciudadanos, ¿lo oyes cómplice del imperio? Y el ciudadano que te ha hecho el honor de acusarte tiene además el de ser tu capitán. ¡Vamos, llámame: ciudadano capitán!

—Ciudadano mi capitán, no comprendo lo que significa esta acusación, yo soy un hombre de campo que . . .

—¡No tienes tú que comprender, cómplice del Imperio! Te repito que estás acusado ante el tribunal de la justicia popular, representado aquí por mi persona, de haber ultrajado el sentimiento nacional en el plebiscito, haciendo que estos pueblos votaran *asin* é inculcándoles la abomina-

ble mentira de que el Imperio es la paz. Hé aquí porque ahora te manifiestas opuesto á la guerra, á la guerra á sangre y fuego que yo represento con igual título y en las mismas condiciones. Por consiguiente, es indudable que estás en inteligencias con Prusia, es decir con el extranjero. A nombre de la opinión nacional de que soy delegado, revestido con plenos poderes, te declaro suspenso en tus funciones, jurisdicción municipal, &c, sin perjuicio de lo demás. Y, como en virtud de esta merecida destitución quedas fuera de la ley y justamente despojado de tu inviolabilidad parlamentaria, estás desde luego arrestado.

El infeliz alcalde estaba literalmente aturdido é incapaz para oponer la menor resistencia. Gavard se atusaba el bigote con un aire feroz. Las gentes de Septèmes no se daban cuenta de aquello.

No conocían á los cívicos más que de nombre, pero su reputación era tal, que nadie osaba respirar.

Para terminar, el capitán tintorero agregó:

—¡Vamos, pues! Sube en ancas, ciudadano alcalde, voy á llevarte á la prefectura. Ahí darás tus razones al ciudadano procónsul. Si tu conciencia está tranquila y tu patriotismo sin mancha, nada tienes que temer; pero hazme el favor de obedecer un poco apriesa. Yo no tran-

sijo con las exigencias del servicio; soy el ejecutor de altas órdenes de la opinion nacional.

Mas muerto que vivo montó el alcalde de Septêmes al mismo caballo de Gavard. Su mujer lloraba; los lugareños estaban aterrados.

—¡A la prefectura! dijo el capitán de la Cívica. . . Ciudadano ex-alcalde, agárrate bien, abrázate de mí para no caer, y sobre todo, ten cuidado de no ir á disparar mis pistolas! Vamos, Robespierre!

Y le hincó las espuelas.

Para volver de Septêmes á Marsella, había que pasar por muchos pueblos. Uno de los primeros está situado en un desfiladero salvaje, entre la cadena del *Estaque* y la de la Estrella. Ese lugarejo perdido en medio de imponentes montañas, se llama *Assassin*.

El alcalde de Septêmes, casi seguro de su muerte, daba diente con diente y se afianzaba al capitán; el pobre creía que había llegado su última hora, é iba miedoso como un pollo.

Por su parte, Gavard tenía sed, y tiró de la rienda á Robespierre frente á la taberna de *Assassin*.

—¡Alto, cinco minutos, dijo saltando á tierra, y llevando consigo á su prisionero. Aquí se brinda. Ciudadano ex-alcalde, y hoy prisionero del pueblo soberano, vas á beber con el

capitán Gavard, á la salud de la nacion. . . Procura estar á la altura de esta honra que se te concede; la República, ¿lo oyes? es quien te paga la copa.

Poco deseoso el infortunado cautivo de contrariar al representante de la justicia popular, no quiso rehusar.

Sirvieron un vaso de *champoreau* de Africa; una mezcla atroz de café, *cognac* y *curaçao*; era la bebida favorita del oficial del penacho.

En seguida se pusieron en camino.

Al llegar á *Viste*, otra parada, otro *champoreau*, y otra arenga patriótica. Esta vez la salud del ciudadano procónsul fué el asunto del brindis que obligó á hacer el capitán tintorero á su preso.

Los pueblos de San Luis y de *Crottes*, así como el barrio de Arenc fueron otras tantas estaciones. El alcalde de Septêmes, no podía más, pero ¿cómo resistir las instancias de su terrible gendarme? Para salvar su vida, que creía amenazada muy seriamente, engullía todos los brevajes que Gavard le presentaba; de modo que sucesivamente fué brindando por la *Comuna* de Marsella, por la Internacional y por Robespierre.

A cada vaso, el capitán no olvidaba decir:

—Sabe ex-alcalde, que estás siendo más honrado de lo que mereces; la República es quien te paga la copa!

Por fin, el ejecutor de las órdenes de la opinion nacional y el reo de la justicia popular, encañados sobre Robespierre, que iba sofocado, despiado, hecho pedazos, entraron majestuosamente á la ciudad.

Los transeuntes los miraban alhelados. Siendo Gavard conocido en todo Marsella, se preguntaban todos, qué significaba aquel nuevo equipo del tintorero é improvisado capitan.

Gavard y su prisionero se detuvieron ante el palacio de la prefectura; un cívico que estaba de servicio llevó el caballo á la cuadra, y el capitan condujo al pobre alcalde ante el prefecto Esquiros. Éste no sabía lo que pasaba.

Por casualidad, nuestro héroe no tuteaba al prefecto.

—Ciudadano procónsul de la República, le dijo, pongo en vuestras integras manos al ex-alcalde de Septêmes, que se intitula campesino, pero que en realidad es un agente del Imperio y un espía de la Prusia. Ha sido sorprendido, infraganti delito de conspiracion pacífica, habiendo intentado oponerse á la guerra que tanto desean nuestros corazones de patriotas. Á las nueve de la mañana de hoy se le ha suspendido su inviolabilidad parlamentaria; el grito de la conciencia pública de sus súbditos le ha arrancado la banda municipal, de que se hizo indigno por sus hechos; Sep-

têmes me lo entregó, y á mi vez os lo entrego, para que en el término de veinticuatro horas sufra el castigo de sus crímenes. Debo, no obstante, asegurar en su favor que, desde el momento de su aprehension, ha dado pruebas de sumision ejemplar, y hasta se ha mostrado buen patriota bebiendo á vuestra salud, sin contar otros brindis. Á vos, ciudadano procónsul de la República toca juzgar si esa fiel sumision debe ser considerada como circunstancia atenuante de este prisionero.

Esquiros, acostumbrado ya á esas aventuras, mandó llamar en el acto al comandante-curtidor Matheron, á fin de descifrar el enigma; porque el alcalde de Septêmes, además de estar muy afectado por su situacion, no entendía palabra de aquello.

Matheron vino y dió explicaciones.

Esquiros, dando á todos los diablos al capitan de la guardia, lo reprendió duramente y le dió orden de poner su prisionero en libertad.

—Muy bien, ciudadano procónsul, respondió Gavard, desde el momento en que el culpable es inocente, será restituido á su atribulada familia. La República es magnánima. Es justa ante todo, y protege al ignorante y al huérfano.

¡Viva la República!

En seguida, Gavard abrazó al alcalde de Septêmes, le juró que vería siempre con desprecio la

negra baba de la sangrienta calumnia; mandó ensillar otro caballo, y echando á nancas á su ex-prisionero, lo condujo triunfalmente á Septèmes.

Esta vez, en lugar de beber en el camino, comieron en San Antonio, cerca de Viste. Los dos viajeros tenían apetito. El alcalde fué quien pagó la comida.

Cuando llegaron al término de esta épica peregrinacion, el capitan Gavard sin bajarse de su cabalgadura, dirigió á los aldeanos que estaban cada vez más azorados, la siguiente proclama:

—“¡Habitantes de Septèmes! Vuelvo á conducir á vuestro lado al virtuoso magistrado que es la honra de este pueblo trabajador. Acusado de crímenes horribles, ha patentizado victoriosamente la inocencia patriótica de su corazón republicano. ¡Ciudadanos, que este misterioso ejemplo os sirva de lección! Francia, luchando con el extranjero, fija en vosotros sus miradas. No burleis la confianza de la República, que para vosotros es una madre. Repetid sin cesar á vuestros hijos y á vuestros sobrinos, que la Guardia Cívica de Marsella, tiene en una mano la espada del deber y en la otra la balanza de la justicia. Recibid á vuestro estimado alcalde, de manos de esa Guardia sin miedo y sin mancha; haced á este magistrado modelo los honores debidos, inscribiendo en letras de oro su nombre venerado, sobre la fa-

chada del palacio municipal de Septèmes, á fin de que su memoria pase esplendente y brillante á la más remota posteridad. ¡Viva la República!”

No garantizo la rigurosa exactitud del texto de los discursos del capitan Gavard; pero si alguna diferencia existe entre el tenor de ellos y la reproducción que hago, es en todo caso insignificante. En cuanto á la aventura, aseguro que es perfectamente auténtica, siéndolo también los detalles de la aprehension y sus fantásticos motivos, el doble viaje del tintorero cívico llevando á la grupa á su cautivo, y las copas de...

Ya por éste episodio podrá formarse un juicio acerca de la guardia pretoriana del procónsul Esquiros. Y siquiera el incidente del alcalde de Septèmes no pasó de ser simplemente una Odisea heroico-cómica; pero no siempre sucedía lo mismo. Los cívicos tienen en su contra una série de atentados de otra especie, que les valieron ser objeto de unánime reprobacion en Marsella.

Cuando la capitulacion de Metz, se produjo en el Mediodía, como en toda Francia, un movimiento de indignacion general, del que supieron aprovecharse los revolucionarios.

Esquiros habia organizado una Liga en las comarcas meridionales. Cluseret, que mas tarde debia figurar como ministro de guerra de la Comuna de Paris, fué llamado para tomar el mando del

ejército de la Liga. Una parte de la guardia nacional fué la única que se negó á reconocer su autoridad, por lo cual vinieron á las manos. Los cívicos que hasta entónces habian sido ante todo ridículos, sin que por eso dejara de temérseles, se hicieron odiosos en el más alto grado á consecuencia de una escaramuza habida en las calzadas de Meilhan; la sangre corrió y hubo algunos muertos; Gambetta, en vista de que los acontecimientos tomaban un carácter trágico, se apresuró á enviar á Marsella un nuevo prefecto.

El desórden habia llegado á su colmo.

Los partidarios de la Liga del Mediodía cubrian todas las paredes de la ciudad con gigantescos cartelones, en los que solo se leian estas palabras impresas en caractéres enormes.

QUEREMOS QUE ESQUIROS SIGA EN
SU PUESTO.

Llegó el ciudadano Marc Dufraisse, nuevo administrador del departamento; entró en la Prefectura, examinó la situacion, y comprendiendo que no podría sostenerla, se marchó bonitamente sin hacer ruido; por vía de consuelo le dieron la Prefectura de los Alpes Marítimos que era más fácil de desempeñar.

Gambetta creia tener la clave del enigma en este asunto. Hizo que Alfonso Gent se decidiese

á sustituir á Esquiros en nombre del gobierno de Tours. Tratábase por parte de Gent, de ocupar el lugar de dos prefectos, no de uno; pues se me habia olvidado decir, que en Marsella teniamos á la vez dos jefes del departamento: uno de ellos, Esquiros, con el titulo de Administrador de las Bocas del Ródano, y el otro, Delpech, con el de Prefecto. No menciono á Mauricio Rouvier, á quien el gobierno de Tours habia ofrecido tambien la misma prefectura en el intervalo trascurrido entre la renuncia de Marc Dufraisse y la aceptacion de Alfonso Gent, porque Rouvier, que era un pícaro y en su calidad de secretario general habia adquirido la certeza de que en la Administracion de las Bocas del Ródano eran más las espinas que las rosas, respondió: "Gracias, ofreced, el puesto á otro."

El nombramiento de Gent fué acogido con exclamaciones de ira por parte de los partidarios de Esquiros y Delpech. Yo era de estos últimos. Deciamonos que Francia estaba perdida si el nuevo Administrador tomaba posesion de la prefectura. En rigor, podia sacrificarse á las exigencias de Gambetta el prefecto núm. 2 Delpech; pero el prefecto núm. 1, es decir, Esquiros, nunca.

En la Jóven Legion Urbana, unos apoyaban al gobierno de Tours y los otros á la Liga del Mediodía. Los *Girondinos*, tal era el nombre con que

designábamos á los legionarios que defendían á Gent, fueron mas diestros que los *Montañeses*, y dieron un golpe de Estado. Una noche se apoderaron de todas las carabinas con que ejecutábamos nuestras maniobras en el llano de San Miguel, y las entregaron á los batallones de guardia nacional que sostenían al nuevo prefecto.

Esto era una "traicion execrable." Hice un llamamiento á los legionarios que permanecían fieles á Esquiros. Constituimos un consejo de guerra al que se dió el nombre de Corte Marcial de la Joven Legion Urbana, y nos impusimos el deber de juzgar á los traidores.

Por supuesto que, como era natural, ninguno de ellos se dignó comparecer ante la Corte Marcial; pero eso poco importaba, y á pesar de ello les formábamos causa.

Me acuerdo que yo desempeñaba las funciones de fiscal. El defensor de oficio de los acusados ausentes era Elie Devèze, condiscípulo mio y miembro del Estado Mayor de la Legion.

Llamábase por tres veces y con toda gravedad á los legionarios *girondinos*.

—¡Tistin Capefigue! —¡Tistin Capefigue! —¡Tistin Capefigue!

Nadie respondía.

Entonces yo tomaba la palabra.

—No respondiendo al llamamiento el acusado

Tistin Capefigue, pero siendo evidente su traicion, pido á la Corte Marcial se le juzgue, por más que esté ausente.

—Acordado, murmuraba el presidente.

Elie Devèze, poniendose en pié, decía:

—¿Cuál es el motivo de la acusacion presentada en contra de mi cliente Tistin Capefigue?

—Se le habian confiado, replicaba yo, las llaves de los almacenes donde habíamos depositado las carabinas de la Legion, y Tistin Capefigue entregó esas llaves al enemigo. Es una traicion en tiempo de guerra. En consecuencia, pido que Tistin Capefigue sea sentenciado á muerte.

El presidente invitaba al defensor de oficio á que formulase sus descargos.

—Ciudadanos miembros de la Corte Marcial, decía Elie Devèze, penosa es mi mision, atenuar el crimen de que se ha hecho culpable el pérfido que lleva el nombre de Tistin Capefigue, es una tarea superior á mis fuerzas. Sin embargo, no puedo sustraerme á la obligacion de defenderle, por que vuestra sabiduria me ha impuesto esa dura mision. No encuentro disculpa alguna para la conducta de mi cliente, pues de noche y abusando de nuestra confianza es como ha entregado al enemigo las llaves de los depósitos de nuestro Estado Mayor. Me asocio á las conclusiones del honorable órgano del Ministerio Público; empero